Entrevista

Miguel Mendoza Barreto:

"En mí concurren simultáneamente la magia de la ciudad y la magia de la ribera"



Miguel Mendoza Barreto destacó en la década de los 90 del pasado siglo por ser un poeta y promotor relevante en Maturín, que en esa época fue sede de un importante movimiento cultural: suplementos literarios en los diarios locales, creación de grupos que discutían con entusiasmo la literatura, publicación de plaquettes, libros, revistas, etc. Esta década fue muy enriquecedora para la región".. Nació en Caicara de Maturín, el año 1960. Se destacó como promotor cultural cuando dirigió la librería Kuai-Mare, desde donde impulsò importantes iniciativas para la promoción de la literatura. Se graduó en Cultura de la Universidad Experimental "Simón Rodríguez" y antes había hecho estudios de historia en la Universidad Central de Venezuela". Actualmente es docente en la Universidad Bolivariana de Maturín y coordinador de la Oficina del Historiador del ayuntamiento de Maturín. Fue presidente del Instituto de Cultura del Estado Monagas durante casi ocho años. También fue director del suplemento literario Canaguaima, que se publicaba en el periódico El Sol de Maturín. Ha recibido varios premios de poesía, entre ellos el Primer Premio Bienal Latinoamericana José Rafael Pocaterra (2002), el Primer Premio Bienal Literaria Tomás Alfaro Calatrava (2002), el Primer Premio Bienal Augusto Sánchez Negrón (2002) y la mención poesía del Premio de Literatura Estefanía Mosca (2021)" Entre sus libros se cuentan: *Cuadro o acaso sombra que me habita* (Cuentos,1991), *Bajo el Neón* (1997), *Calle Urica Nº 81* (1999), *Calle IV Nº 14, Calle Bolívar Nº 63*, Separata dedicada a Susan Sarandon, *Calle de la niña Isabel*, *Calle Piar*, *Final Avenida el Ejército*, *El libro de los amaneceres*, entre otros.

Celso Medina: ¿Cómo vino la poesía a ti? ¿Qué la generó? ¿La generó la lectura de poemas, de otros poetas? ¿La vivencia en tu pueblo de origen? ¿Tu familia? ¿Cómo llegó la poesía a ti?

Miguel Mendoza Barreto: Cuando yo hago memoria de los que pudieran ser los elementos generadores, constructores de esa inclinación, yo inevitablemente concurro al recuerdo de mi madre, que era una señora analfabeta pero de una enorme imaginación. Ella decía incluso, y creo que es verdad, que estaba emparentada

familiarmente con Julián Padrón, lo cual para ella era un gran orgullo. Pero creo que ella era una de esas pariente marginales, no reconocidas, no aceptadas, vistas, ni reconocidas. En todo caso a ella no le importaba eso. Ella era una señora que contaba muchas historias. Vivíamos en la ribera de un río, o pasábamos gran parte de nuestro tiempo en la ribera de ese río. La relación con ella y con el río y con los habitantes del río, con las presencias del río, creo que generó en mí una inclinación hacia la imaginación, hacia la fantasía, hacia la ficción, hacía la literatura. También en mi niñez conocí a un hombre que se llamaba Leoncio Pérez, que había sido guerrillero y era un hombre que me alimentó mucho la imaginación, porque me hablaba de reuniones con los guerrilleros en el monte y me empezó a regalar libros. Recuerdo que el primero fue un manual de como criar aves de corral. Lo recuerdo, y lo conservé muchísimos años. Y una persona que influyó mucho en mí futura inclinación a la literatura.

C.M: ¿Pero terminaste criando aves de corral?

M.M: No críe aves de corral, pero después me regaló otros libros que contribuyeron a, digamos, a sistematizar un poco la inclinación de uno hacia eso, lo que sí te puedo decir es que desde muy temprano yo tenía la convicción de que ese asunto era vital para mí. Empecé a militar políticamente, relativamente joven, a eso de los dieciséis años. La militancia política me ratificó esa inclinación. Hice de ella una manera de militar y de compartir con algunos compañeros míos. La persona que vive en la orilla de un río, que comparte su tiempo en la orilla de un río, se relaciona de manera vivencial con las más maravillosas fantasías y la más extraordinaria ficción. El que habita en un río nocturno, es decir, quien vive en la orilla de un río en las noches, tiene una relación con cosas, de verdad, que parecieran de otro mundo y eso en la mente de un niño, en las expectativas y perspectivas de un niño, eso creo que tiene dos posibilidades reales: Una, de formar un agricultor comprometido con la producción agrícola y con la alimentación del planeta o generar a un artista. Creo…

CM: ¿Las dos cosas no pueden darse?

MM: Yo estaba intentando las dos cosas y lo que he ido es arruinándome. Lo que digo no es pose, ni cosas que pudieran parecer interesantes, es una cosa totalmente vivencial. Yo creo que los agricultores son poetas, sobre todo, hablo de los agricultores de mi infancia, que no eran tecnificados, o que las técnicas que manejaban eran las técnicas ancestrales. Por ejemplo, un hombre o una mujer, fíjate tú, que se relaciona con las fases de la luna, que explora, que estudia, que está pendiente de la luna, de las estrella, de los luceros para acometer labores de siembra o de corte de madera o de cortes de vegetación, es decir, es un hombre que está vinculado a una de las más sagradas y ancestrales ideas de relación con aquello que lo sobrepasa, un hombre que lee las cabañuelas, un hombre que lee las estrellas, que está pendiente de las constelaciones para regir su vida fundamental, es una persona en todo caso que no está vinculada a temas de vulgaridad cotidiana, que hace de la cotidianidad un acto, yo diría, prácticamente sagrado, de relación con aquello que estima trascendente y fundamental. Esa fue mi niñez.

CM: ¿Te acuerdas del primer poema que leíste?

M.M: No, pero sí de un libro de cuentos, creo que era un libro de cuentos, una novelita, eso no lo recuerdo bien porque no he visto más nunca ese libro. Se llamaba, si no me equivoco, *Cuando los guayacanes florecían*, era o es un libro vinculado, creo, no recuerdo muy bien, al proceso de independencia o un proceso político en Guayaquil. Pero el primer poema, no, no lo recuerdo. En la voz de mi madre sí recuerdo haber oído poemas. Y eso en la medida en la que me fui haciendo adulto me maravillaba más, cuando niño me influía, pero como adulto me maravilla. Y es que mi madre, ya te dije al principio, que era una señora analfabeta, nos contaba a mi hermana Morela y a mí muchísimos cuentos, que con el tiempo me maravillaban. Con el tiempo he descubierto que eran clásicos de la literatura infantil, fusionados dos o tres en uno, esa manera de transmitirse los conocimientos, la información en personas que no dominaban, digamos la lectura y escritura formal, pero lo único que les faltaba era la habilidad para escribir. Tenían todo lo demás.

CM: ¿Te acuerdas del primer poema que escribiste?

MM: Sí, sí me acuerdo. Por cierto que en estos días un gran amigo mío me envió el primer libro que yo publiqué mimeografiado, se llamaba *Amor y guerra*. El primer poema que yo escribí fue un poema vinculado precisamente al río, y el primer cuento también lo recuerdo, estudiaba yo primer año de bachillerato y escribí un cuento que aún me sigue pareciendo bueno.

CM: ¿En Caicara?

MM: En Caicara. Yo no sólo he sido pendejo ahorita, yo he sido pendejo toda la vida. Estudié en esos años iniciales, con los que eran los riquitos del pueblo, con los muchachitos y las muchachitas blanquitas entonces. Los indiecitos como yo siempre estàbamos relegados a los últimos pupitres de la fila. Recuerdo que escribí ese cuento, trataba de un monstruo que no se veía, pero que un niño corría a través del monte, aterrorizado; a través de la orilla del río, un monstruo que lo perseguía pero que nadie lo veía, sólo èl lo percibía. Y hubo una tarea de la cátedra de castellano en la que uno podía presentar un texto y yo presenté ese cuento. Y esa profesora de entonces, a quien no voy a nombrar, me hizo mucho daño, porque no consideró que ese indiecito, que era yo, podía escribirlo. Y cuando los catiritos entregaron su cuento, los felicitó y todo. Cuando me llegó el turno, me preguntó en repetidas y humillantes ocasiones que si ese cuento lo había escrito yo "¿De verdad Barreto? ¿De verdad usted escribió ese

cuento? ¿Ese cuento es suyo?", y paralelamente se lanzaba un discurso sobre la necesidad de que la gente no dijera que había hecho cosas que no había hecho. Aquello me marcó y creo que frustró durante algunos años mi actividad creativa, que retomé luego, cuando salí del bachillerato.

CM: Ahora, tú dices que comenzaste a escribir muy cercano a tu compromiso político

MM: Yo no he podido escapar de eso; ni de eso ni del río.

CM: Pero lo que he leído, al menos en el área de la poesía, no encuentro ese compromiso. Yo siento una poesía más cargada de…

MM: ¿De amor?

CM: De amor, de existencia, de lirismo, más que de alguna seña política.

MM: Lo panfletario nunca ha sido para mí una inclinación. Probablemente no sea explícito allí pero, te decía, yo tengo por ejemplo, libros mimeografiados, uno que se llama *Amor y guerra* que evidentemente es muy panfletario como su título lo indica y otro que se llamaba, si no me equivoco *Trajinar de palabras* ,también con esa característica. Bueno, fueron libros que los dejé allí, no me interesaron más como para seguir trabajàndolos en ese orden. Hay cosas de las que de verdad yo no he podido escapar, en el fondo ni quiero escapar. Durante algunos años de mi juventud traté irresponsable e inútilmente de escapar de eso, porque consideraba que había que escapar. En lo que me fui haciendo adulto, no sé si maduro, comprendí que no tenía que escapar, sino más bien que volver a mi raíz, porque allí está lo que yo soy y eso me ha llevado irreductible e inevitablemente al lar nativo, al río, a los pájaros, a los fantasmas, a la orilla del río, a esas presencias de las cuales muchos se ríen, que yo respeto y valoro muy profundamente porque he sido testigo y en algunas oportunidades víctima de esas presencias. Entonces eso se ha dado. Ha sido realmente relevante para mí, mi palabra, para decirlo de alguna manera, ha estado vinculada indefectiblemente a las presencias mágicas de las riberas del río donde nací.

CM: ¿La tradición poética en Monagas te ha ayudado? ¿¡Qué dialogo estableciste con ella?

MM: Oye, Celso, yo durante muchas oportunidades me sentí agredido por un lado y valorado por otro; bueno, pero así es la vida ¿Verdad?; yo creo que esa es la vida, pero no porque uno comprenda que así es, no deja de afectar a uno… Cuando empecé digamos a militar responsablemente en la escritura poética o en la literatura digamos, de alguna manera, la situación en Monagas en mi opinión estaba en un proceso de gestación y había creo que una tendencia que privilegiaba una visión y una mirada bastante refinada, elitesca, y yo diría que excluyente. Y yo era, te repito, un joven sin … ¿Cómo se llama eso? … sin ningún background, sin nada que me antecediera, ninguna fama que me antecediera y creo que me tocó convertirme en protagonista del hecho creador no sólo desde la perspectiva de la creación, sino también desde la perspectiva de la promoción. Fundè un papel literario donde en muchas oportunidades fui acusado de darle cabida a gente que supuestamente no se lo merecía. Pero me animaba la buena intención de ayudar a algunas personas para que no sufriera lo que yo había sufrido. Sí yo, es fundamental señalarlo, pude dirigir un papel literario en un periódico. Durante dieciocho años por cierto. Eso alude a un apoyo bastante importante de parte de ese periódico (El diario El Sol de Maturín) a la actividad literaria. Ese papel literario era Canaguaima, y si a eso sumamos que en ese mismo periódico había papeles literarios como Profundidad por ejemplo, hubo también papeles literarios como Selvajismo, tú tuviste varios papeles literarios, el primero se llamaba…

CM: Las formas del fuego

MM: Las formas del fuego… es decir, en el Monagas de entonces, en mi opinión, había una actividad y un activismo hacia la creación literaria bastante significativos. Y me monté allí. Yo creo que contribuí a romper algunas posturas y posiciones que había aquí. Cuando la literatura era vista de una manera un poco ingenua, sin ninguna seriedad. Creo que contribuí, pudiera decirlo de esta manera, a democratizar las oportunidades para los escritores, así como lo hiciste tú, así como lo hizo Rogelio León, así como lo hizo Zoilo Rodríguez, así como lo hizo Domingo Arias, Rodolfo Sifontes. Lo que me tocó fue asumir retos para vencer resistencias y en ese proceso forjé mi personalidad y creo que ayudé a muchas personas.

CM: ¿Còmo alimentò tu trabajo poètio la experiencia en la escuela de historia de la UCV?

MM: En mi opinión, mi pasantía por la escuela de historia, desde el punto de vista de la literatura contribuyó a signar mi creación en el sentido de la compresión de los procesos históricos, y la escuela de historia de la Universidad Central para mí fue capital, porque comprendí, insisto, la importancia de algunas cosas en las cuales yo no reparaba antes. La idea del juicio posterior, la idea de la mirada posterior a lo que uno hace se me estableció allí y sin duda alguna en esa escuela aprendí o adquirí el instrumental teórico y metodológico para la compresión de mi país y del continente, lo cual me lleva sin duda a reafirmar que contribuyó de manera notable en mi proceso de madurez.

CM: Hay una cosa que se acentúa en *El libro de los amaneceres*, esa existencia tensional entre la ciudad como urbe, como fabricadora de imágenes y la infancia. Por ejemplo ahí está la imagen de Susan Sarandon, pero también está la imagen de Juan Antonio Barreto. Cuando leemos *Bajo el neón* decimos que hay como un animal rural que vive en una relación muy contradictoria con la ciudad.

MM: Sí, yo comparto plenamente la lectura contigo y creo que no tengo una respuesta concreta. Lo que pudiera

inferir es que yo durante muchos años de mi vida me la pasé huyendo de lo que yo era; es decir, yo era un niño campesino hijo de agricultores que quería ir a la ciudad, y fui a la ciudad, y soy un agricultor y un campesino a quien le fascina la ciudad. A mí me fascina la ciudad; pero también me fascina todo lo que tiene que ver fundamentalmente con el río. Me gusta el monte, la montaña, me gusta las riberas del río. Tierra donde no haya río, esa tierra no es conmigo. Entonces yo pienso, insisto, que la ciudad fue para mí como una manera de ratificarme en la huida, es decir, huyendo de lo que era me encontré a mí mismo y eso me llevó a volver a donde estoy, en las riberas del río donde nací

CM: ¿Ahora estás allí?

MM: Ahora estoy allí y probablemente estaré allí hasta que me muera. La ciudad tiene un ciudad secreta, que habría que visibilizarla, pero para visibilizarla se necesita el desarrollo y la profundización de una mirada. Cuando tú ves la ciudad desde esa perspectiva es fascinante, cuando andas por la ciudad dejando que la dinámica cotidiana de la vida te conduzca, tú nunca ves la ciudad. Mira, yo tuve una experiencia fascinante aquí en Maturín cuando ya tenía más de treinta años. Un día iba caminando por el centro, por donde está zapatería La Luna y oí un ruido, en uno de los edificios y miré hacia arriba… chamo, cuando miré hacia arriba descubrí ese montón de edificios, me percaté de que durante muchísimos años que yo había vivido aquí jamás había mirado hacia allá. Ese día descubrí la ciudad de Maturín. No hay una cosa más tramposa, que uno dejarse guiar por lo cotidiano de la ciudad, uno tiene que desarrollar la mirada. Así es en el campo, hay gente que vive allí y no la ves. Te dejas llevar por la cotidiano y no descubres nada. Yo hablo con algunas personas de estas cosas y se ríen de mí, porque dicen que estoy loco… bueno, algunos dicen que yo estoy loco desde chiquito, entonces la ciudad es así.

CM: Seguramente es cierto (risas)

MM: Sí, yo creo. Entonces, la ciudad es así, en la ciudad… y yo estoy seguro de que tú sabes perfectamente de lo que estoy hablando. La ciudad tiene sus secretos, tiene su magia, tiene sus recovecos. Yo incluso lo creo y estoy convicto y confeso en esa locura. En la ciudad se mueven simultáneamente varias dimensiones, es decir, que nosotros estamos aquí y simultáneamente hay otra, hay otra ciudad, otra gente construyendo su vida, construyendo sus misterios, su magia.

CM: Está en cada quien, alguien la ve, otros no la ven

MM: Y otros no la ven.

CM: Alguien que la consume…

MM: En mí concurre simultáneamente la magia de la ciudad y la magia de la ribera del río. Hay múltiples seres en la ciudad pero en la ribera del río, Celso, sólo quien vive, sólo quien ha vivido en la ribera del río sabe de lo que estoy hablando, de la presencia protagónica de seres de distinta naturaleza que uno puede percibir y que aquellos cegados por los paradigmas de la ciencia occidental se empeñan en negar, pero esa presencia está allí.

CM: Vamos a hablar de tu labor como promotor y difusor de la literatura del estado. ¿Tú lees a los nuevos poetas de Monagas? ¿Cómo los percibes?

MM: Bueno, tengo un problema. ¿Cómo se lee a los poetas nuevos pues? Con la publicaciones periódicas.

CM: Ya no hay…

MM: No hay. Las dificultades de un joven poeta para publicar un libro enfrenta varias circunstancias adversas: una la económica, que siempre ha sido adversa, ahorita es bastante adversa. Y la otra es la fe de lo que pudiera publicar, eso también tú sabes que es complicado.

CM: Sí.

MM: Yo creo de verdad que no hay los niveles de madurez en los nuevos escritores de la región. Ahorita es interesante algunos poetas que están escribiendo, pero yo creo que hubo una mejor, yo creo… que hubo una mejor época. La época en la que estuvimos tú y yo involucrados en el papel justamente de difusores, de promotores, hubo propuestas más interesantes, probablemente porque la conocíamos, porque había varios papeles circulando, varios papeles nuevos circulando. Ahorita no hay, desde el paro petrolero se extinguieron los suplementos literarios aquí. Pero yo me atrevería a decir, que algunos autores que conozco tienen un buen nivel…

CM: ¿Y los libros que has leído?

Poeta: Los libros que he leído me gustan, me gustan.

CM: ¿Y sientes que la región, la vivencia de la ciudad está presente en esos poemas?

MM: Yo creo que no, yo creo que hay un proceso de alienación bastante significativo en que la gente sigue dejándose hipnotizar más por las situaciones, paradigmas y figuras e ideas de otras metrópolis y hasta de otros campos. Porque aquí ,por ejemplo, hay gente que cuestiona mucho a los que reivindican la anécdota campesina en la literatura, pero al mismo tiempo adoran a clásicos de la literatura cuyo desarrollo anecdótico es exactamente lo mismo sólo que en otro lado, sólo que en Europa. Para tratar de no ser irresponsable, diría que hay un proceso de búsqueda importante en los jóvenes, los jóvenes creadores de Monagas, pero creo que no hay desde hace algún tiempo, no ha habido mecanismos, instrumentos por los cuales a esa expresión se le pueda hacer seguimiento para uno tener esa especie de juicio. Yo creo que no estamos en el mejor momento de la creación literaria de Monagas. Creo yo, no sé qué piensas tú

CM: Pero tú no piensas que…

MM: Perdona que te interrumpa… no es lo mismo pensar en una Monagas en la que el centro académico por excelencia que era el Pedagógico de Maturín, estaban por ejemplo en esa academia, profesores como Celso Medina, Carlos López, Yonis Hidalgo, José Natividad Bruzual, Zoilo

Abel Rodríguez… bueno gente que era vital en el proceso de estímulo, de reflexión, y hasta de investigación del estudio literario. El pedagógico desapareció como un ente generador, digamos de espacios para que el hecho creativo se hiciese posible, ¿ves?

CM: No sientes que…

MM: Hoy ¿Qué libros se publican hoy? Hoy se publican pocos libros, yo sí soy vanidoso, yo tuve una gestión aquí en frente de algunas instituciones y tú la tuviste y ambos publicamos libros, se pueden contar los libros, ahí están los libros.

CM: ¿No sientes que los últimos poetas escriben más con la palabra que con la vivencia?

MM: Por eso yo te decía hace unos minutos, que la alienación se ha acentuado y, pese a que en otros ámbitos de la vida pública se ha magnificado y protagoniza el apego a lo nuestro, el apego a la tierra, el apego a lo que somos, la reivindicación de nuestros procesos, en el área de la creación literaria aquí en Monagas, por lo menos no parece evidente . Los autores siguen seducidos aún por realidades de otros lados, lo cual los ciega, no les permite ver lo maravilloso que es donde habitan.

Dos poemas

1
Después de la distancia,
en ese pedazo sagrado
que sólo tú habitas
reposan contigo
llaves de todas las cerraduras.
Con ellas abres ventanas
que secuestran la luna
y cierras en la tarde
los caminos que extravían al sol.
Quitas seguros
que lastiman corceles
y viudas llorantes del arcoíris
abres portales a la lluvia
en ese trabajo de germinación y de semillas.
El silencio se desabrochó
y traza constelaciones en la espalda
por si algún delito se comete
mientras se cuentan los besos
que me adeudas.
Tienes llaves de la distancia
y con los ríos abres puertas de los océanos.
Son tus llaves preferidas los ríos
y los envías a medianoche
a inaugurar rumores
de gente que ama sin amarguras.
Tienes todas las llaves de las nubes
que son algo así
como el despuntar del alba
cuando te pienso.
Tienes llaves, tienes secretos de la Amazonía
y grandes trazos que dibujan el Mediterráneo.
Tienes la llave, ya lo sé.

2

En mi piel
truenan voces de continentes antiguos
y de barcos ahogados en tempestades del Mediterráneo,
naves que avanzaron hacia la Mar Caribe
apuñalando sus aguas
como si fuesen una hoja fracturada,
un intento de noche
rota por constelaciones.
Cuando la noche habla
ninguno de esos asuntos
se acerca con la brisa
que por el contrario los deja caer
como pájaros enloquecidos.
Despega, por favor, como colibrí
que no termina nunca de marcharse,
despega, insisto, hacia nubes de la memoria,
hacia caminos que no concluyeron
y manos que no llegaron nunca
hasta la aventura del talle.
Avanza inversamente y muere a cada instante
aunque no lo entienda la brisa
cuando pronuncia tu nombre,
ni la noche
cuando suelta la carcajada de los abandonados
que es lamento
o mano tendida que nadie toma.
En la fractura renazco a cada instante
germino en medio de la tristeza
y en la exactitud de las tierras áridas
me empeño en ser labio y beso
y pecho para descansar,
pero la brisa,
la reiterada brisa se devuelve
y forma el oleaje
para que te lleven barcos
nunca iluminados por ninguna luna
ni dibujados jamás
en la vecindad de las líneas
del horizonte.

Miguel Mendoza Barreto